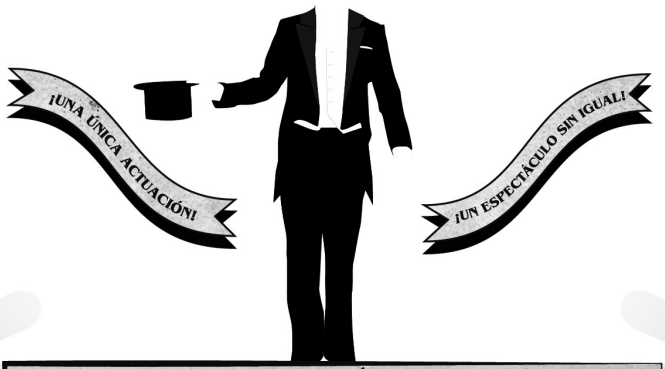
El extraordinario ingenio parlante del Profesor Palermo

JORDI SIERRA I FABRA

EL EXTRAORDINARIO

INGENIO PARLANTE DEL PROFESOR PALERMO



PREMIO LA GALERA JÓVENES LECTORES

Obra ganadora de la 5ª edición del
Premio la Galera Jóvenes Lectores
con la colaboración del Club Kirico

Primera edición: febrero de 2013

Diseño de cubierta: Damià Mathews
Maquetación: Marquès, S.L. sobre un diseño de la Galera

Edición: David Monserrat
Coordinación editorial: Anna Pérez i Mir
Dirección editorial: Iolanda Batallé Prats

© Jordi Sierra i Fabra, 2013, por el texto
© La Galera, SAU Editorial, 2013,
por la edición en lengua castellana

La Galera, SAU Editorial
Josep Pla, 95 - 08019 Barcelona
www.editorial-lagalera.com
lagalera@grec.com

Impreso en Egedsa
Roís de Corella, 16. 08205 Sabadell

Depósito legal: B-5-2013
Impreso en la UE

ISBN: 978-84-246-4737-7

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra queda rigurosamente prohibida y estará sometida a las sanciones establecidas por la ley. El editor faculta a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) para que pueda autorizar la fotocopia o el escaneado de algún fragmento a las personas que estén interesadas en ello.

A Hal

Primero

EL AUTÓMATA ANIMADO

1. Lyon

Quizás no creáis mi historia.

Tal vez.

Pero he de contarla.

Algún día alguien la leerá, la recordará, la estudiará y sabrá que todo, hasta la última palabra, es verdad.

Como hay un Sol, una Luna, mil millones de estrellas y otros mundos.

Sobre todo, otros mundos.

Glaudix.

Él era glaudixiano.

Klaatu.

En fin, dejadme comenzar por el principio...

Mi nombre es Gustav y tenía nueve años cuando lo conocí. Parece un viejo cuento de Dickens, pero es cierto que era huérfano y que malvivía como podía, en las calles, huyendo siempre de los guardias que pretendían atraparme, y nunca, nunca lo consiguieron porque yo era más listo y más rápido que ellos.

Especialmente más rápido.

Conocía todas las calles, las callejuelas, los escon-

dites, los huecos, los solares perdidos y las casas abandonadas, los viejos refugios y los apestosos depósitos de las basuras.

Y principalmente las alcantarillas.

El submundo donde ninguna persona civilizada se atrevía a penetrar, porque era el reino de las ratas.

Las ratas y los niños perdidos.

No era un ladrón, nunca le quité la bolsa a nadie, pero sí robaba comida por necesidad o por no poder vencer la tentación cuando la fruta brillaba muchísimo en los puestos de la plaza. Mi padre, antes de morir, me había dicho que fuera una persona honrada, digna, merecedora de ser llamada, cuanto menos, respetable. Mi madre, antes de morir, me había dicho que las palabras de mi padre estaban bien, pero que mejor vivir con alguna mancha que ser un cadáver impoluto. De los dos aprendí sabías lecciones. A él lo perdí cuando tenía siete años. A ella, a los ocho.

Durante un tiempo viví con un mal bicho. En apariencia era un vecino de lo más íntegro. Le juró a mi madre que cuidaría de mí para que no me llevaran a un fétido orfanato. Pero el cuerpo de ella todavía estaba caliente en su tumba cuando ya me deslomó de una paliza, y me dijo que si quería tener un plato en la mesa todos los días, tenía que ganármelo. ¿Cómo? Participando en sus pequeñas estafas.

—No le robo a nadie —decía—. Solo me aprovecho de su codicia.

Ah, la codicia humana.

La gran grieta por la que los desaprensivos hurgan siempre.

Mi nuevo tutor y yo estuvimos juntos únicamente tres meses. Luego desaparecí de su vista, harto de los golpes y la escasa comida que me dispensaba, aunque nuestra alianza, en aquellos días, le reportó pingües beneficios. Unas veces yo fingía tener el poder de ver el futuro. Pillábamos a un incauto, al que antes mi amo había espiado o seguido, con lo cual sabía lo suficiente de él, y le demostrábamos con pruebas fehacientes mis poderes adivinatorios con solo ponerle una mano en la frente. Una vez convencido de que yo veía más allá del presente, y conseguido el dinero para una inversión segura y millonaria, desaparecíamos como el rayo. Otras veces yo era el tonto poseedor de un anillo de incalculable fortuna y lo que hacía mi amo era comprármelo a medias con el consabido incauto de turno. Trucos y más trucos, banales, casi estúpidos, pero lo bastante hábiles como para que siempre cayera en sus redes algún pobre diablo.

Me harté de todo eso y me fui de su lado.

Los siguientes meses me espabilé solo, y no me fue mal. La necesidad agudiza el ingenio. Descubrí que no era tonto, que podía correr más rápido que los demás, y supe que con un poco de suerte nunca terminaría en un orfanato ni con una familia con la que tal vez no me sintiese cómodo y feliz, viviendo siempre en la misma casa.

Lo que más me gustaba era ir al teatro.

Oh, sí, el teatro...

El Odeón, en la rue de la Guillotine.

Lyon no es una gran ciudad como París, Roma, Londres o Berlín, pero era mi ciudad. La conocía bien. Pequeña, un tanto pueblerina, creciendo poco a poco, suficiente para mis andanzas.

Jamás imaginé que me iría de ella para no regresar.

Aquella noche, en el Odeón, todo cambió.

Solía subir al tejado del teatro por la parte trasera. Primero escalaba el muro de piedra, encajando mis pies descalzos entre los ladrillos. Después trepaba como un mono por los desagües que venían de la parte superior. Por último llegaba al techo, donde un día había descubierto un hueco lo bastante grande como para que yo cupiera sin mucho esfuerzo. Ventajas de ser un niño de nueve años y bastante enclenque, aunque fuerte. Ese hueco daba directamente a uno de los laterales, y desde allí, oculto detrás de una cornucopia, veía a la perfección el escenario.

Pequeñas obras, habladas o cantadas, payasos, equilibristas, bailarinas, ventrílocuos...

El extraordinario profesor Palermo era ventrílocuo.

Y se anunciaba como el más grande, el único, el mago capaz de hacer hablar a su muñeco... sin tocarlo.

Aquella noche del 23 de mayo de 1905 todo cambió.

Fue la primera vez que vi a Klaatu.

2. La noche que vi a Klaatu por primera vez

Había tenido un día duro. Llovía, y eso siempre era malo para los que vivíamos en las calles. Por un lado, la gente se protegía de las inclemencias del tiempo con paraguas y sombreros calados hasta las cejas, sin ver apenas nada salvo los charcos bajo sus pies. Las personas caminaban enfadadas, maldiciendo el tiempo, y cuando las personas están enojadas, hay algo más que nubes negras sobre una ciudad: están todas sus furias y lamentos, que son más gruesos y amargos que las gotas de lluvia. Por otro lado, nadie exhibía sus mercancías en el mercado, así que era muy difícil llevarse una manzana o un mendrugo de pan. ¿Y qué decir de las basuras húmedas? Ni los perros las querían.

Incluso las alcantarillas se veían desbordadas por el agua que ya no podían absorber.

Sí, un día duro.

Por eso decidí ir al teatro por la noche.

Por eso, y porque al pasar por delante del Odeón para ver la programación, vi aquel impactante anuncio.

PROFESOR PALERMO
y su EXTRAORDINARIO
INGENIO PARLANTE

Debajo de tan llamativo reclamo se veía la imagen de un hombre de lo más vulgar, mayor, con la cabeza y el cuerpo redondos, calvo, con bigote y perilla, y vistiendo, eso sí, un elegante frac negro con una pajarita blanca en el cuello. Estaba muy serio, y lo único realmente fascinante eran sus ojos, de mirada directa y penetrante.

El cartel se completaba con esto:

¡Única función!
¡Vea lo más asombroso, el hombre
que es capaz de hacer hablar a su muñeco...
sin tocarlo!
¡Asista al mayor espectáculo de magia
y ventriloquia jamás visto!
¡GRAN ÉXITO!

¿Un ventrílocuo capaz de mover un muñeco a distancia? ¿Un mago verdadero? Mi cabeza se disparó al instante. Sabía que todo tenía truco. Lo sabía. No era ingenuo. Los niños de mi edad que vivían en casas más o menos confortables, con padres y madres, abuelos y abuelas, podían permitirse el lujo de creer en hadas y hechos fascinantes. Se dejaban engañar. Yo no. Mi único lujo era sobrevivir, y para ello lo esencial era

ser realista. Nada de fantasías. El dinero lo tenían los ricos y su magia era multiplicarlo. Para los pobres solo quedaba la resistencia.

Así que el Profesor Palermo tenía que ser como todos: un tipo listo capaz de engañar a la gente.

Aunque desde luego tuviera un truco muy bueno.

Un muñeco parlante.

No, muñeco no. Lo llamaba «ingenio».

¿Por qué?

Pasé el resto de la tarde merodeando por el teatro esperando mi oportunidad, y cuando anocheció, subí por la pared trasera hasta lo alto. No había comido nada, así que mi estómago rugía de una manera lamentable. Pensé que sus quejidos se oirían como gritos cavernosos en el silencio del teatro. Me acomodé en mi espacio, protegido por la cornucopia, y esperé a que empezara la función. Poco a poco, el Odeón fue llenándose, y me di cuenta de que el público, lo mismo que yo, estaba muy impresionado. Incluso escuché hablar a las personas que se sentaron justo debajo de mi escondite.

—Me han dicho que es un muñeco metálico.

—¿Metálico?

—Sí, un autómata.

—Entonces tendrá cuerda, como un reloj.

—Ya, ¿pero cómo consigue hacerle hablar?

—¿Y si hay un niño oculto en su interior?

—Imposible. El muñeco no mide más de medio metro. No cabe nadie ahí dentro.

—Entonces seguro que alguien lo manipula desde detrás de los cortinajes.

—Claro.

—Por supuesto.

—Es la única explicación, porque magia...

—La magia no existe.

Y como estábamos a finales de mayo y hacía calor pese al día lluvioso, las dos se abanicaron con denuedo, dejando su conversación a la espera de que se levantase el telón del teatro.

Antes de que actuase el Profesor Palermo lo hicieron otros artistas. Los de siempre. Una pareja de baile, unos actores interpretando un pequeño sketch, unos cómicos y una cantante acompañada al piano por un señor larguirucho que ponía mala cara cuando ella soltaba un gallo. Y soltó tantos que aquello acabó pareciendo una granja.

Finalmente...

—Señoras y señores —dijo el presentador—. Con ustedes el único, el incomparable, el increíble, ¡el gran Profesor Palermo!

Ni siquiera hubo aplausos. Nada. La gente estaba realmente impactada, agarrada a sus asientos con expectación. Subió la cortina y en escena se les vio a los dos, a la izquierda el Profesor Palermo, a la derecha...

Medía algo más de medio metro, quizás tres palmos. Era de metal, plateado, reluciente, brillante. Un autómata que venía a ser un humano en miniatura. Tenía dos puntos luminosos por ojos, y de ellos sur-

gía una tenue luz blanca, una protuberancia central a modo de nariz, aunque más pequeña, como una pirámide triangular, una boca rígida y alargada a lo ancho del rostro, cuello flexible, tronco, brazos y piernas articulados...

Y no había nadie detrás, oculto por una cortina. Ni debajo, porque tanto el profesor como el muñeco estaban sentados en sendos taburetes muy altos, justo en el centro del escenario.

—Hola, Klaatu —dijo el hombre.

—Hola, profesor —le respondió el autómata haciendo que sus ojos cambiaran de color, de blanco a verde, como si así expresara sus propias emociones.